

NIEBLA EN EL MONT VENTOUX

y otras historias
de ciclismo

Wilfried
de Jong



Las historias aquí reunidas tienen un enfoque y un punto de vista personal, y tratan de los más diversos aspectos del ciclismo, un deporte que en España cuenta con cada vez más adeptos. En la historia que da título al libro, Wilfried De Jong, uno de los grandes escritores de ciclismo, celebra su 50 cumpleaños recorriendo una de las cumbres míticas del Tour de Francia, el Mont Ventoux. Mientras pedalea cuesta arriba a través de una niebla cada vez más espesa, De Jong evoca a los grandes ciclistas que un día subieron esas terribles pendientes. Ningún detalle escapa a la atención de este escritor entusiasta capaz de convertir el periodismo deportivo y su amor por el ciclismo en buena literatura. En una de las curvas, la niebla es tan espesa que el coche está a punto de caer pendiente abajo.

Ningún detalle escapa a la atención de este escritor entusiasta capaz de convertir el periodismo deportivo y su amor por el ciclismo en buena literatura.

NIEBLA EN EL MONT VENTOUX Y OTRAS HISTORIAS DE CICLISMO

1. NIEBLA EN EL MONT VENTOUX

Mocos. Tenía que librarme de los mocos. La mano derecha me sirvió de pañuelo. Me soné. Fuerte. Volvía a tener los orificios despejados, los ojos me escocían por culpa del aire fresco de septiembre. Me sacudí los mocos que se me habían pegado a los dedos y miré con el rabillo del ojo. El valle ya quedaba muy abajo. Había subido los primeros cinco kilómetros del Mont Ventoux. Llevaba unos quince minutos pedaleando.

Tomé un trago del bidón delantero. El sabor dulzón de la bebida isotónica se me quedó pegado en la garganta. A mi lado iba el coche de alquiler, en cuyo asiento trasero estaba Sonny, mi hijo. Tenía diez años. Había abierto la ventanilla y sacaba medio cuerpo fuera.

–Aquí sube al seis por ciento, papá, dentro de poco será el diez –me dijo con calma, como un presentador de noticias contándole al espectador los sucesos del día.

–Vale, gracias –respondí.

El bidón volvía a estar en el portabidones.

Ya me lo habían advertido unos amigos holandeses. Al final de los primeros seis kilómetros se llegaba a una pronunciada curva en herradura a la izquierda, y a partir de ahí empezaba de verdad el ascenso al Mont Ventoux.

Cien metros para la curva.

El Mont Ventoux es con diferencia la montaña más alta de la Provenza. Casi dos kilómetros. Aún no había visto la cima. Cuando salí del pueblecito de Bédoin estaba envuelta en una persistente nube.

Mis rodillas subían una y otra vez para volver a bajar de inmediato en dirección al asfalto. Entre mis piernas vi que la cadena giraba en el plato pequeño y detrás en el ante-

penúltimo piñón. Delante, 34 dientes; detrás, 23. Si el pedaleo me resultaba demasiado duro durante el ascenso, aún podía tomar la decisión de hacer dos cambios, al 26 o al 29.

Cincuenta metros más y tendría que cambiar justo antes de la curva en herradura.

Ese ascenso era un regalo que me había hecho a mí mismo. Era por mi cincuenta cumpleaños. Eso se merece una celebración como es debido. Sin pastel, sin reuniones familiares. Encima de una bicicleta. Acompañado por un par de amigos. Benny y Rob decidieron apuntarse. Dos hombres que verían cómo su amigo sudaba la gota gorda coronando el Mont Ventoux. Desde el coche. A Benny el plan le pareció perfecto mientras comiésemos bien el fin de semana. Conducía un flamante Renault que habíamos alquilado en el aeropuerto de Niza.

Rob iba sentado detrás con Sonny. El ciclismo no era lo suyo. Se contentaba con dar una vueltecita semanal por su barrio de Amsterdam.

Sonny era el invitado de honor a mi particular fiesta. Me iba filmando con su pequeña videocámara y, cuando volviéramos a casa, montaría una película en su ordenador para mi cumpleaños.

Benny ya estaba tomando la curva. Vi que la cabeza de Sonny, que aún asomaba por la ventanilla, desaparecía detrás de las rocas.

Rápido, un trago más. Saqué el bidón y lo apreté. El chorro salió disparado hacia mi boca. Demasiado fuerte. Parte del líquido goteó sobre el asfalto. ¿Y si en los últimos kilómetros de la subida necesitaba ese trago derramado?

El motor del coche iba a muchas revoluciones. La rampa era fuerte, sin duda.

Aunque tomé la curva por el exterior, noté cómo la tensión de mis muslos aumentaba en aquellos pocos metros. Mi ritmo de pedalada bajó considerablemente. Ante mí se extendía el famoso bosque donde tantos ciclistas aficiona-

dos se detenían desmoralizados después de los primeros kilómetros de subida. Me recordó a los bosquecillos que solía poner en mis trenes de juguete; junto a los raíles esparcía virutas sobre una franja que previamente había untado con pegamento. Encima ponía un puñado de pinos de plástico y la locomotora se colaba entre ellos.

El coche de apoyo redujo la velocidad y volvió a ponerse a mi altura. Sonny filmaba muy de cerca mis primeros metros por el bosque. Vi que en la mesita plegable mi hijo había pegado una fotocopia con la altimetría.

—Ese es el bosque, ¿verdad, papá?

Asentí jadeando.

—Dentro de poco sube un diez por ciento —dijo sin dejar de filmarme.

Subí un piñón. Fue un respiro para mis piernas. La cadena pasó de los 23 dientes a los 26. Estaba en el sexto kilómetro del ascenso al Mont Ventoux. Me quedaban otros quince kilómetros por delante. El piñón de 29 dientes seguía intacto. Me lo reservaba.

En la década de 1970 corría Lucien Van Impe, un ciclista belga de mucho talento. Tenía el físico perfecto para la escalada. En seis ocasiones encabezó la clasificación de la montaña en el Tour de Francia. En cuanto la carretera empezaba a subir, Van Impe le sacaba ventaja al pelotón con un pedaleo fluido. Recuerdo que, al término de una etapa de montaña durísima, Van Impe saltó de la bicicleta. Estaba tan fresco como una lechuga. Mientras le ponían el micrófono en la boca, el mecánico de su equipo se hizo cargo de la bicicleta. Con el trapo colgándole del bolsillo trasero del pantalón, el mecánico comprobó que Van Impe no había llegado a utilizar el último piñón. Seguía limpio de grasa. «Lucien ha ido desahogado, su piñón 22 está completamente limpio», anunció el mecánico en tono triunfal ante las cámaras de televisión.

Yo tenía que conseguir que mi piñón 29 siguiera limpio tanto tiempo como me fuera posible. Se trataba de un

sencillo juego mental. Si no pones el 29, llegarás arriba. Eres un tipo duro. No debía ni plantearme siquiera engranar el 29. Cuando lo hiciera, ya no me quedaría ningún recurso. Tendría que abandonar. Y no podía abandonar. No debía abandonar. No podría explicárselo a mis amigos y menos aún a mí mismo.

Logré controlar un poco mejor la respiración. Ante mí se extendía la empinada carretera que atravesaba el bosque con sus suaves curvas. No se veía un tramo llano por ninguna parte. Al contrario, más adelante solo empeoraba. Metros y metros con rampas del 10 por ciento.

–*Bonjour, ça va?*

Del susto mi rueda delantera se desplazó medio metro a la derecha.

Un hombre robusto de cara alegre me pasó casi rozando. Iba bastante más fuerte que yo.

–*Oui, oui* –contesté jadeando.

Por el cuello rasurado le corría un hilillo de sudor que desaparecía bajo el maillot de color amarillo claro. En la espalda leí la palabra cacahuettes. Debajo se veía la imagen de una lata de cacahuets. Idiota. ¿A quién se le ocurre ponerse el maillot de un fabricante de cacahuets? Cacahuets. No había peor alimento para un corredor. Eran difíciles de masticar. Demasiado secos, demasiado grasientos, demasiado salados.

Cacahuettes me sacaba veinte centímetros con cada pedalada. Ni caso, yo debía mantener mi propio ritmo. Él subía con un desarrollo más duro. Dejé que el hombre cacahuete se alejara.

Rampa del 10 por ciento. Eso era dos veces y media más que la cuesta del puente de Van Brienenoord, que yo había subido con frecuencia a modo de entrenamiento.

Eran las diez de la noche. Sonny y yo estábamos acostados en una espaciosa cama de matrimonio en un hotel del pueblo de Mazan, a quince kilómetros del Mont Ventoux. Benny y Rob estaban cada uno en su habitación. Ha-

bíamos cenado en el restaurante de la planta baja. La cabeza de Sonny asomaba por encima de las sábanas. Había dejado la cámara de vídeo encima de la mesita de noche, al lado del reloj con cronómetro.

Me miró con ojos soñolientos.

–En realidad, papá, ¿por qué tienes que subir esa montaña?

–Porque es una de las montañas más difíciles.

–¿Por qué no eliges una más fácil?

–Solo quiero saber si puedo subir esta.

–¿Y si no puedes?

–Pues me fastidiaré, pero no sería grave.

–O sea, que tampoco es muy importante, ¿no?

–Bueno, me parecía bonito subir una montaña muy alta en bicicleta al cumplir los cincuenta.

–Creo que habría sido más fácil a los veinte.

–Sí, yo también lo creo...

Subir una montaña supone burlar la fuerza de la gravedad. No es casualidad que los constructores de carreteras tracen una ruta que zigzaguea todo lo posible a lo largo del valle y, solo cuando ya no hay más remedio, hacen reptar el asfalto por las laderas de la montaña, como si fuese hiedra.

Encima de la bicicleta, las rampas más duras pueden llegar a pagarse con calambres en las piernas. O, en el peor de los casos, el corazón empieza a dar señales de alarma. Entonces la muerte entra en escena. Eso fue lo que le sucedió al corredor británico Tommy Simpson poco antes de llegar a la cima del Mont Ventoux, durante una etapa del Tour en 1967. Cayó exhausto de la bicicleta. Simpson pidió al público que lo ayudase a montar en la bici. Siguió, pero haciendo eses sobre el asfalto bajo un calor abrasador. Luego se derrumbó. El médico del Tour llegó rápidamente e hizo cuanto pudo para mantenerlo con vida, le hizo el boca a boca. Todo fue en vano. Simp-

son murió en el helicóptero que lo trasladaba al hospital. En su cuerpo había rastros de alcohol y anfetaminas.

La muerte de Simpson fue una advertencia para todos los corredores que abusaban de sus fuerzas. Y, sin embargo, el miedo es mal consejero. Sin dolor, no subes el Mont Ventoux. Tienes que atreverte a atacar una montaña. No debes dejar que la naturaleza te humille.

Salvo por el ronquido del motor del Renault, el bosque permanecía en silencio. Ya no se oía a los pájaros entre los árboles. Cacahuettes me había sacado un buen trecho de ventaja. Se levantó del sillín y se puso de pie sobre los pedales.

Yo avanzaba a un ritmo tranquilo. Once kilómetros por hora. Debía sostener la presión sobre los pedales o tendría problemas para mantener el equilibrio.

¿El diente 29? Un cambio con la diestra y mi pedaleo sería más fácil. No. No lo hagas. Inspira, pedalea, espira, pedalea, inspira, pedalea, espira, pedalea.

Cacahuettes seguía por delante, de pie sobre los pedales. Nadie puede aguantar mucho tiempo así en ese bosque. Un bosque frío donde tus músculos se van agotando implacablemente.

Una mosca aterrizó en mi brazo y se frotó las patas delanteras. Pasajera aprovechada. Le lancé un soplido. Me molestaba. El bicho ni siquiera notó la ráfaga de aire y se quedó donde estaba. Tenía que largarse de ahí. Soplé más fuerte y la vi alejarse volando hacia el bosque.

—¿Cuántos kilómetros marca tu contador, papá? —me gritó Sonny.

El coche de apoyo circulaba ahora a escasos metros por delante de mí. Pulsé una tecla del pequeño cuentakilómetros.

—¡Seis coma tres!

En el coche se hizo el silencio. Vi que Sonny miraba el papel con la descripción de la ruta y los porcentajes de desnivel.

Vi una lata abollada en el arcén. Reconocí los colores verde y azul de una marca de refrescos. Sprite. Demasiado dulce para el Mont Ventoux. Solo conseguiría aumentar la sed.

Sonny volvió a sacar la cabeza por la ventana.

–Casi has acabado el diez por ciento.

Fue como si Sonny hubiera conseguido él solito que la franja de asfalto se volviera más empinada. Me costaba más pedalear que un minuto antes.

–¿Cuánto queda?

Dos palabras. No conseguí decir más.

–¿Cómo? –me preguntó Sonny.

Resollé y busqué el modo de coger aire para alargar un poco más la pregunta.

–¿Cuánto tiempo al diez?

Su cabeza desapareció en el interior del vehículo.

Iba a nueve kilómetros por hora. ¿Era tan difícil? Solo tenía que ir pasando el dedo por la fila de números. Ven-ga. ¿Cuánto más? ¿Cuánto tiempo al diez?

–Creo que dentro de un kilómetro vuelve a bajar al nueve por ciento, papá –lo oí gritar por fin.

El asfalto estaba compuesto por piedrecitas negras. La superficie parecía lisa, pero entre piedrecita y piedrecita había unos milímetros de separación. Bien mirado, avanzaba de piedra en piedra. Y entre una y otra pedaleaba sobre el vacío. Un poco más y tendría la impresión de rodar sobre adoquines.

Saqué el bidón delantero de un tirón y di un par de tragos. Líquido. Delicioso. Al tragar me salté un par de respiraciones. Adiós al ritmo. Me costaba mantener el control de la bicicleta.

Me apresuré a devolver el bidón a su sitio.

Mi cadencia seguía siendo irregular. No había nada que hacer, el camino subía sin cesar. ¿Veintinueve dientes? No, no.

Solo veía asfalto y árboles. Ni rastro de la cima. Cuando salí del centro de Bédoin vi a unos ciclistas que bajaban con los impermeables agitándose a sus espaldas. Volvían de la cima. Tenían la cara congestionada y manchas de saliva secas alrededor de la boca.

–*Froid?* –les pregunté señalando hacia arriba con el dedo.

–*Ça va, ça va!* –exclamaron haciendo un ademán con la mano que podía significar cualquier cosa.

Era septiembre. En la tienda de bicicletas de Bédoin, donde había hinchado las ruedas, había grandes fotos de un Mont Ventoux blanco. Un gendarme paraba a los ciclistas junto a una barrera que impedía el paso. El puerto de montaña estaba cerrado. *Fermé*. Eso podía ocurrir en los meses más inesperados. De vez en cuando, la naturaleza se trastocaba un poco.

–Ya verás como lo consigues, papi. –La cabeza de Sonny volvió a asomar por la ventana–. ¿Llevas tu imán de la suerte?

Me llevé la mano al bolsillo trasero y palpé el disco de acero junto a dos botellines de comida líquida. Levanté el pulgar.

Robert Gesink, el gran ciclista del Rabobank, subió esta montaña en 2008 por la vertiente menos empinada durante la París-Niza. Llevaba un ritmo de rodada impresionante. Después de que el grupo de cabeza pasara por el pueblo de Malaucène, todos los escaladores tuvieron que dejarlo ir. Solo el australiano Cadel Evans pudo mantenerse pegado a la rueda trasera de Gesink y acabó superando al holandés en el sprint final.

Durante el Tour de Francia de 2000, el corredor italiano Marco Pantani subió el Mont Ventoux en cabeza, sin nadie que siguiera su ritmo. Haciendo un titánico esfuerzo por darle caza, Lance Armstrong, que defendía el maillot amarillo, intentó alcanzarlo. Y acabaron subiendo codo con codo el último tramo hasta la meta. El ritmo que llevaban era

mortal. Pantani avanzaba con aquel estilo suyo tan dinámico, pedaleando con soltura. A su lado, la obsesiva máquina ciclista estadounidense mantenía el ritmo con los ojos ligeramente bizqueantes y el rostro pálido.

Una vez arriba, Pantani fue el primero en cruzar la línea de meta con la rueda delantera. Más tarde, el estadounidense quiso que se le reconociera lo generoso que había sido. Él también habría podido ganar.

Gesink, Evans, Pantani, Armstrong.

Tenía que dejar de pensar en los profesionales. Yo mismo acababa de convertirme hoy en un cincuentón. Una pobre alma que necesitaba demostrar a toda costa que seguía siendo lo bastante fuerte para acometer el ascenso. Que quería que su hijo viera que tenía un padre fuerte como una roca, no como otros padres que se apoltronaban delante del televisor con sus grandes barrigas.

—¿Vas bien? —me preguntó Sonny después de un largo rato de silencio—. Faltan otros seis kilómetros por el bosque.

Seis kilómetros. Recordé la ruta de entrenamiento que solía hacer por las afueras de Róterdam y me imaginé aquel llano convertido de pronto en una rampa con un 10 por ciento de desnivel.

—Sí. Duro.

—¿Qué pone en tu cuentakilómetros?

—Trece... coma... siete.

—Entonces... aquí hay un ocho coma siete por ciento.

No había cambios dignos de mención en el paisaje. Tenía la impresión de circular todo el rato por el mismo sitio. Estaba en un móvil perpetuo.^[1] Pedalear eternamente, nunca acabar.

—Diez por ciento —oí desde el coche.

De un soplido me quitó una gota de sudor de la punta de la nariz. Tomé un trago del bidón. Quedaba solo un cuarto. Tuve que levantarme del sillín para mantener el rit-

mo. Cuando volví a sentarme, me pareció como si alguien me tirase hacia abajo del maillot.

¿Pasaba algo? Miré la rueda delantera; las pastillas de freno no rozaban la llanta. ¿Y detrás? No, detrás tampoco.

Dicen que quien se fuerza demasiado en el bosque del Mont Ventoux lo paga después. No debía sobrepasar mis fuerzas o no lo conseguiría.

¿Podría agarrarme disimuladamente al lateral del coche? Sería maravilloso. Saltarme una pedalada. Eso supondría mucha diferencia para las piernas y la cabeza.

Tomé la curva. ¿Sería menos empinado a partir de ahí? Levanté la mirada. Un poco más allá, a la derecha, había un hombre en el arcén al lado de su bicicleta de carreras. Llevaba un maillot amarillo. Cacahuettes. Había abandonado. El hombre de los cacahuets no podía más. ¿Lo ves? Había empezado demasiado fuerte. Estaba apoyado sobre la bicicleta. En la espalda tenía una gran mancha de sudor a la altura de la lata de cacahuets. Me encontraba cerca de él. En el asfalto había un charco de vómito del mismo color amarillo que su maillot. Buen anuncio para cacahuets.

–*Bonjour!* –le grité tan alto como pude. Luego tuve que recuperarme del esfuerzo, pero lo hice encantado.

Cacahuettes levantó la vista sobresaltado. Los ojos hundidos de un desvalido. Otra vez aquel gel de cacahuete, ahora en forma de moco que le caía por la boca.

No dijo nada. No me volví a mirar.

Yo progresaba a buen ritmo. Un bosque magnífico. Un asfalto estupendo. Con 26 dientes iba de maravilla.

–Aquí hay un 9 por ciento, papá.

El coche de apoyo volvía a estar a mi lado.

¿Solo 9? Genial. Podía con cualquier cosa, todo menos ver la cara macilenta de Caca.

Debajo de mis ruedas apareció fugazmente el nombre de Landis pintado en grandes letras. Aquellas letras seguían siendo visibles en el asfalto tras mucho tiempo, in-

cluso después de que el ciclista hubiera caído en el olvido. Hace unos años habrían animado aquí al corredor estadounidense Floyd Landis antes de que lo pillaran por dopaje. Un admirador había llevado un cubo de pintura hasta allí y antes de la etapa había pintado las seis letras con una brocha gorda. Landis... seguro que dentro de poco volvía a haber un sitio para él en el indulgente pelotón.

Miré al cielo. Se había nublado. Traía conmigo unos manguitos por si en los últimos kilómetros hacía más frío y viento. Había salido del valle con el equipo de verano de Acqua e Sapone de color rojo bombero.

El bosque empezó a clarear, ya podía ver entre los árboles, aunque no había gran cosa que mirar. Ni ciervos ni marmotas que salieran corriendo. ¿Tendría que respirar más profundamente a partir de ahí para conseguir el suficiente oxígeno?

El coche llevaba ya una hora circulando a mi lado en primera. Benny iba al volante. A paso de tortuga, debía de estar aburriéndose como una ostra.

Me faltaba aproximadamente un kilómetro para llegar al Chalet Reynard, un aparcamiento a 1.440 metros de altitud donde había también un restaurante. Los escaladores del Mont Ventoux me habían comentado que a partir de ahí la pendiente era por primera vez menos fuerte. Te permitía recuperar el resuello antes de acometer los últimos seis kilómetros de ascenso por el desolado paisaje lunar.

Benny pasó de largo, aumentando un poco la velocidad. ¿Quería adelantarse?

Oí la estridencia seca de un derrapaje.

–*Fuckin' hell* –exclamó Benny.

El coche había patinado y el morro asomaba por el borde de la montaña. Había un profundo barranco.

Vi el peligro.

–Sonny, sal del coche. ¡Sonny, sal!

Sonny abrió la puerta trasera y saltó al asfalto. Rob salió detrás de él y los dos se quedaron en el arcén.

¿Dónde estaba Benny? ¿Seguía en el coche?

No. Él también había salido y estaba con Rob y Sonny.

Seguí pedaleando lentamente.

–Tú sigue adelante, Wil, todo irá bien –oí que me gritaba Rob.

Los tres estaban a un lado de la carretera.

–¿Estáis bien? –les grité–. ¿Y Sonny?

–Sí, ya nos las arreglaremos, tú sigue.

–Vale. Os veo luego arriba –les grité por encima del hombro y seguí pedaleando.

Un coche con matrícula francesa bajaba de la montaña. Al volante iba un hombre mayor y a su lado una mujer. Les hice un gesto para indicarles que fuesen más despacio. El hombre redujo la velocidad.

Al tomar la siguiente curva, pude ver nuestro Renault. Si hubiera avanzado un metro más, se habría caído por el precipicio. En ese momento fui plenamente consciente de la situación.

Rob me había dicho que siguiera adelante, pero ¿sabía el peligro que corría el coche ahí? Un ligero desplazamiento de peso y se despeñaría.

Seguí pedaleando, pero aflojé el ritmo. Vi que el coche francés se había detenido en el lugar del accidente. El hombre y la mujer estaban gesticulando junto a Rob y Benny. No podía ver a Sonny.

El camino seguía subiendo, pero yo ya no lo notaba. Pedaleaba. Punto. En cuanto tenía oportunidad, escrutaba entre los árboles con la esperanza de ver a Sonny. El hombre francés estaba ahora de rodillas delante del Renault y miraba hacia abajo. Más gestos.

En mi pequeño contador ponía 14 kilómetros. Me faltaban 7 para alcanzar la cima. Si se despejasen las nubes, dentro de un kilómetro tal vez podría ver ya la blanca cumbre de la montaña con el famoso observatorio de piedras blancas en el punto más elevado, apuntando arrogante hacia el cielo como un dedo corazón.